

Reflexiones sobre la aplicación del método de Estudio-Acción en Colombia

ORLANDO FALS BORDA

La vinculación entre la teoría sociológica y la práctica social y política ha venido recibiendo una mayor atención tanto por científicos como por políticos. Este antiguo problema, tan estudiado por los clásicos de las disciplinas sociales, vuelve hoy a la palestra por razones obvias.

En Colombia, varios grupos lo han venido planteando y, en algunos casos, se han puesto a prueba principios generales pertinentes. Entre estos grupos se cuenta la Rosca¹ de Investigación y Acción Social, una fundación sin ánimo de lucro creada el 29 de diciembre de 1970 según las leyes colombianas.

La Rosca es una iniciativa de sociólogos, antropólogos, economistas e historiadores colombianos que han querido buscar salidas nuevas y más eficaces a las ciencias sociales, que desean tener esa rara oportunidad de poner en práctica las ideas que se exponen en las aulas o en los libros, e involucrarse en la realidad de los procesos sociales de base. Oficialmente, según sus estatutos, la Rosca pretende “realizar trabajos y buscar nuevos métodos de investigación y acción social, destinados a aumentar la eficacia de la lucha por la justicia y la autonomía en Colombia; estimular la adopción de una perspectiva propia para el estudio de la realidad nacional y para la actividad social, política y económica; y promover la dinamización de la cultura popular necesaria para este esfuerzo simultáneo de construcción científica y cambio social”.

Siguiendo las instrucciones para este Simposio, la presente descripción trata solamente los antecedentes conceptuales que llevaron a la constitución de la Rosca, los métodos principales de investigación y acción que se han aplicado hasta hoy, y las implicaciones científicas y teóricas que esta labor tiene. Sobra decir que la crítica a esta labor —como la auto-crítica— es necesaria, y que la Rosca la espera con espíritu positivo y con agradecimiento.

Antecedentes conceptuales: en busca de un método

Uno de los hechos iniciales de la constitución de la Rosca fue su origen intelectual, de pequeño-burgués, pero con la característica de haber adquirido una mayor conciencia de la necesidad de transformar básicamente la sociedad en vista de la coyuntura política existente. Para ello, fue necesario que adoptáramos una mente abierta a lo que habíamos de aprender de las nuevas experiencias en que nos embarcaríamos, y pautas modestas, pero efectivas en el quehacer científico.

Esta actitud básica de búsqueda y descubrimiento al mismo tiempo, era lo que en su día, y desde antes, se denominaba “compromiso”. Este concepto —que se debatió bastante en innumerables círculos literarios y científicos—² nos sirvió como ariete para romper los moldes científicos e intelectuales en que nos sentíamos constreñidos. El compromiso, también en esa época, llevaba a replantearnos el problema del método investigativo y la orientación del conocimiento científico. Estos ya no serían objeto de simple curiosidad erudita, ni serían más trompetas apocalípticas para despertar a las clases dirigentes e inducirlas a ser más responsables ante la crisis que ellas mismas provocaban, sino que se pondrían al servicio de una causa política popular concebida en colaboración con las mismas masas, como un esfuerzo de contención a la dominación imperialista y a la explotación oligárquica tradicional a quienes podía imputarse buena parte de esa crisis.

En ese momento de reorientación intelectual y política, las técnicas de investigación conocidas más cercanas a lo que queríamos realizar eran las que en antropología y sociología se conocen como “observación por participación” y “observación por experimentación” (participación-intervención) que implican, ciertamente, el involucramiento personal del investigador en las situaciones reales, y la interferencia de éste en los procesos sociales locales. Pero pronto se vio que estas técnicas quedaban cortas ante las exigencias de vincular el pensamiento a la acción fundamental necesaria.

Luego, hacia 1969, apareció el concepto de “inserción” que hizo avanzar el nivel de involucramiento del científico social (y natural) dentro del nuevo compromiso revolucionario que se vislumbraba.³

Sirvió entonces como un reto para implementar el compromiso e impulsar a los intelectuales a la línea de acción, ya con un marco metodológico un poco más claro. Constituyó así lo que a veces se define como un *breakthrough*, o impulso definitorio que abre nuevas perspectivas.

En el caso de la Rosca, seguramente, la inserción sirvió para definir a más de uno a decidirse por su conformación y para ayudar en la búsqueda de la especificidad de su labor. Como modalidad de trabajo teórico-

práctica no era ninguna novedad, ya que se venía recomendando y aplicando por diversos marxistas, notablemente por Lenin, Mao y Giap —en sus propios términos— al referirse al “observador-militante”⁴ El observador-militante traduce a la realidad el compromiso y aplica la inserción, de allí que su concepción sea básica en este contexto.

Inicialmente, la inserción se concibió como un paso que implicaba no sólo combinar las dos técnicas clásicas de observación ya mencionadas, “sino ir más allá para ganar una visión interior completa de las situaciones y procesos estudiados, y con miras a la acción presente y futura. Esto implica que el científico *se involucre como agente dentro del proceso que estudia*, porque ha tomado una posición en favor de determinadas alternativas, aprendiendo así no sólo de la observación que hace sino del trabajo mismo que ejecuta con las personas con quienes se identifica”.⁵

En otras palabras, la inserción se concibe como una técnica de observación y análisis de procesos y factores que incluye, dentro de su diseño, la militancia dirigida a alcanzar determinadas metas sociales, políticas y económicas. Se aplica por observadores-militantes con miras a llevar a cabo, con mayor eficacia y entendimiento, cambios necesarios en la sociedad. Al mismo tiempo la inserción incorpora a los grupos de base como “sujetos” activos —que no “objetos” explotables— de la investigación, que aportan información e interpretación en pie de igualdad con los investigadores de fuera. Así, el compromiso viene a ser total y franco entre estos grupos.

Como puede observarse, esta concepción de la inserción lleva consigo dos determinantes: 1) la de constituir una experiencia esencialmente intelectual —de análisis, síntesis y sistematización— realizada por personas involucradas en los procesos como cuadros comprometidos a varios niveles de preparación y estudio (observadores-militantes); y 2) la de ceñirse a diversos modos de aplicación local según alternativas históricamente determinadas. En esencia, estas técnicas vienen a constituir un método especial, el *método* de estudio-acción, cuyo objeto es aumentar la eficacia de la transformación política y brindar fundamentos para enriquecer las ciencias sociales que coadyuvan al proceso.

Ha habido alguna convergencia en la aplicación de estos principios en varios países (según información parcialmente recogida), pero todavía queda mucho trecho por andar para lograr la sistematización del concepto de inserción y el perfeccionamiento del método de estudio-acción. No obstante, todos los que los han ensayado concuerdan en la importancia teórico-práctica de los mismos. En los casos colombianos, la aplicación en el terreno del método de estudio-acción, con las técnicas de inserción, permite distinguir dos dimensiones, como se explica a continuación.

La primera dimensión del método

Como quedó dicho, fueron los profesionales (especialmente los científicos sociales, aunque se observaron casos entre los de las ciencias exactas y naturales), quienes se plantearon primero la necesidad de la inserción al proceso histórico en varios niveles, especialmente el local o comunal, como forma de romper moldes de explicación y acción inadecuados. Este fue uno de los puntos de partida de la Rosca. Para el efecto, algunos abandonamos los recintos universitarios o pusimos en cuarentena los marcos de referencia de la ciencia ortodoxa y parcelada transmitida por la universidad tradicional (la inspirada por Scheler y traída luego a nosotros, la especializada y departamentalizada en intereses creados académicos). Salimos al terreno entonces a constatar teorías con hechos, a descartarlas si era el caso, a ensayar la interdisciplina, a reformular conceptos y a trabajar con las bases.

Nuestro objetivo ha sido colocar nuestro pensamiento o nuestro arte al servicio de una causa. Esta causa es, por definición, una transformación fundamental, que es la que exige de toda persona la acción válida y el compromiso consecuente. Este compromiso nos lleva, como profesionales: 1) a producir ciencia y cultura como natural emanación de nuestra conciencia social, con una moral nueva, sin pensar en contraprestaciones y ventajas egoístas⁶ 2) a elegir temas y enfoques adecuados a nuestra conciencia de los problemas y a concederles prioridad; 3) a determinar “grupos claves” con los cuales comprometernos y de los cuales aprender; y 4) a actuar en consecuencia.

La determinación de grupos claves —aquellos de la base como se explica enseguida— nos ha llevado igualmente a cambiar nuestro “norte” intelectual para desplazar a los grupos de referencia profesional que habíamos aceptado en los medios universitarios del país, y de los centros académicos euro-norteamericanos. Ya no se cita a éstos —así sean de derecha o de izquierda— como autoridades finales o inapelables. Ahora los grupos claves de base son nuestros grupos de referencia, lo cual ha implicado: a) que los trabajos se conciban directamente con ellos y sus órganos de acción; b) que la producción intelectual y técnica sea primeramente para ellos y en sus propios términos, es decir, escrita con los grupos de base (en el caso del científico, éste se deja “expropiar” sus conocimientos técnicos y herramientas por los grupos de base para dinamizar el proceso histórico); c) que se establezca un nuevo “idioma” mucho más claro y honesto que el acostumbrado en la ciencia sofisticada de salón de clase; y d) que los conceptos e hipótesis emergentes encuentren su confirmación o rechazo, no en los esquemas teóricos de “grandes pensadores” de la ciencia “universal” (que en este sentido no puede existir

porque la que así se considera no es sino parte del aparato de dominación impuesto por países avanzados sobre nosotros, sino en el contacto con la realidad y en la confrontación los grupos de base, al revertir hacia estos grupos el conocimiento que ellos mismos han suministrado.

Los grupos claves mayormente estratégicos para la transformación revolucionaria en Colombia (como los de vanguardia) se encuentran entre las clases explotadas urbanas y rurales, es decir, en las capas conformadas por aquellos que trabajan en el proceso de producción. Cuáles concretamente, depende de las circunstancias regionales e históricas, lo cual implica una búsqueda flexible e intensa. Hemos observado cómo la labor ha llegado más lejos y ha sido más útil cuando se ha realizado con sectores populares. Así, se está estudiando y trabajando entre grupos campesinos organizados, entre obreros, entre indígenas y negros con elementos marginados de tugurios, y con otros grupos del proletariado y hasta el lumpen-proletariado, en la ciudad y en el campo.

Esto no quiere decir que hayamos entrado como intelectuales a las clases trabajadoras para desempeñar las tareas específicas de éstas, sino que hemos tratado de adoptar la ideología de la clase proletaria dentro del conjunto de relaciones sociales, rompiendo nuestra identificación con las clases opresoras de diferentes maneras o en distintas modalidades.

En consecuencia, ahora las decisiones sobre investigación y acción no pueden tomarse unilateralmente por nosotros, ni de arriba hacia abajo, ni desde nuestros bufetes, sino conjuntamente con los grupos claves actuales o en potencia que son nuestros nuevos grupos de referencia. Esta participación de las organizaciones de base plantea a la Rosca —y a los intelectuales en general— problemas teóricos y prácticos que llevan a una concepción diferente de la ciencia y la investigación, como se discute más adelante.

Técnicas de inserción por profesionales

Como queda dicho, a las clases trabajadoras o explotadas se ha ido con el ánimo de aprehender la realidad en su propia función y en razón de necesidades y urgencias históricas. Este es el compromiso consecuente que lleva a la acción válida y al estudio pertinente y necesario. No obstante, ha habido modos en la aplicación de la inserción llevados a cabo por la Rosca y grupos distintos a ésta, motivados por ideologías políticas a veces divergentes, y por alternativas especiales. Examinémoslas.

1. Cuando no se tiene el compromiso consecuente con las urgencias revolucionarias y se aplican técnicas semejantes a las descritas, resulta una inserción desenfocada que lleva: 1) a la deformación profesional por la manera como se emplea, remunera y manipula a los investigadores o

cuadros dentro de los programas de trabajo; y 2) al conservatismo, reformismo o desarrollismo, por la búsqueda consciente o inconsciente de fórmulas de continuidad del *statu quo* o de preventivos para la contra-insurgencia. El conocimiento así adquirido no lleva sino a la evolución ordenada, el paliativo adecuado, la modificación parcial o el parche temporal, prácticas que, como ya se sabe, no corrigen las injusticias reinantes, ni ponen en entredicho sus causas, ni enriquecen la ciencia social comprometida con cambios fundamentales.

Esta técnica, que en Colombia se ha aplicado en regiones rurales (por extensionistas clásicos e indigenistas), en barrios bogotanos (por comunidades religiosas y algunos grupos revolucionarios desorientados) y otros sitios, es parecida a la que los antropólogos clásicos han llamado *intervención* (participación-intervención) y, en efecto, puede ser lo más cercano a la inserción que ofrecería la antropología tradicional. La técnica de la intervención puede ser, así, consecuencia de desenfoces en el compromiso científico coyuntural de los intelectuales que la practican, lo cual crea, a su vez, confusiones al nivel popular.

2. Otra técnica de inserción es la llamada *activación* cuya aplicación, hasta el momento, ha tenido efectos dudosos en la articulación real de las masas al proceso revolucionario, aunque ésta haya sido la intención. La activación se basa en la hipótesis de que cuanto más estratégico sea el cambio propuesto en una sociedad, mayor será el conflicto que genere.

De allí que el activista investigue contradicciones específicas en una comunidad y se inserte en ella esperando generar conflictos. Procede entonces por etapas, desde un nivel inferior hasta otro teóricamente superior, adoptando un papel de mecánico de las fuerzas sociales que cree estar entendiendo.

Hasta ahora lo ocurrido indica (como en casos promovidos por una organización política en Colombia) que el activista logra fomentar, en verdad, algunos de los conflictos teóricamente postulados; pero no los consigue proyectar a la estructura de clases existentes debido a las limitaciones del marco de referencia que ha empleado (muy confuso a veces), ni logra que las gentes alcancen el nivel adecuado de conciencia política para asegurar la continuidad autónoma del proceso que ha iniciado. Muchas veces el cuadro se hace expulsar de la comunidad sin que ésta se hubiera organizado realmente para la lucha, dejando una imagen y una información defectuosa sobre lo que es este proceso. Por eso, este tipo de inserción, en las circunstancias descritas, no ha sido aconsejable.

3. Cuando se estudia y trabaja en regiones y comunidades con ánimo de determinar puntos reales de partida para reivindicaciones que puedan llevar a sucesivos esfuerzos en la lucha por la justicia, hasta llegar al con-

flicto de clases (luchas cívicas, salariales, por la tierra, obras públicas, escuelas, puestos de salud, etcétera) se realiza una *incentivación* o *agitación táctica*. En este caso se determinan por la investigación incentivos parciales que utilizan diversos elementos de la localidad, así humanos como materiales e históricos. Los incentivos provienen del tipo de problemas que las comunidades experimentan, así sean ellos institucionales o grupales. La Rosca ha realizado este tipo de inserción con observadores-militantes. En otras entidades éstos se identifican como “investigadores agitadores” cuya función es esencialmente la misma.

Una modalidad de esta técnica es la que puede denominarse *recuperación crítica*. Se hace recuperación crítica cuando, a partir de una información histórica y de un reconocimiento de corte seccional adecuados, los observadores-militantes llegan a las comunidades para estudiar y aprender críticamente de la base cultural tradicional, prestando atención preferente a aquellos elementos o instituciones que han sido útiles para enfrentarse, en el pasado, a los enemigos de las clases explotadas. Una vez determinados esos elementos, se procede a reactivarlos para utilizarlos de manera similar en las luchas de clase actuales. Así se recuperan para el esfuerzo revolucionario, y se ponen a tono con organismos de lucha más abiertos y decididos a los que habría que apoyar en un momento dado dentro de la estrategia general antiimperialista y antioligárquica.

Ejemplos de prácticas tradicionales o instituciones recuperables de esta clase —en la experiencia de la Rosca— son: el resguardo de indígenas, el cabildo, el cambio de brazos, la “guachinga”, la “tiradera” y la “mina” (expresiones culturales y económicas del campo colombiano). En esta técnica, el papel de los cuadros de base ha sido fundamental por la forma como éstos han respondido y aportado conocimiento dentro del proceso de estudio-acción.

Las comunidades incentivadas en esta forma de recuperación crítica han logrado dar un salto adelante considerable en el nivel de conciencia política. Esto no constituye un retorno simplista a lo primitivo o bucólico, ni absuelve a la tradición como lastre cultural. Es simplemente una utilización dinámica y realista de los recursos que ofrece la memoria colectiva, que obliga, además, a los observadores-militantes (o investigadores agitadores según el caso) a comenzar su trabajo al nivel real de conciencia política de las gentes y no al nivel que aquellos tienen (esta actitud dogmática de superioridad en los cuadros, por regla general, ha conducido a lamentables fracasos en el terreno).

Con las técnicas de incentivación, la Rosca ha ido a las comunidades a aprender de sus realidades, contribuyendo de su parte con diversos proyectos de colaboración local. En estos proyectos se ha observado cómo

se descubre la amplia gama de recursos con que cuentan los grupos de base —expresados, por ejemplo, en su historia, en su folklore, en su liderazgo, en su “malicia” y experiencia— lo que les lleva a aglutinarse alrededor de intereses, acelerando situaciones críticas necesarias que llevan a una mayor conciencia de clase. Pero también nosotros hemos aprendido del proceso, al respetar el conocimiento y la opinión de las gentes del común.

Estas técnicas de estudio-acción, evidentemente, van más allá de las clásicas formas de observación por participación, el *survey*, el camuflaje, la entrevista diplomática o equilibrada, y la empatía sin compromiso ulterior que se fundan en una ideología consensual. Descartan el trabajo de campo como de interés para el administrador, para el manipulador externo de acción comunal o para el científico simplemente curioso o erudito, para plantearlo como una labor investigativa necesaria para el organizador o agitador táctico y para el “pez en el agua”.⁷

En resumen, puede verse que en esta forma se logra pasar de una “metodología del consenso” a una “metodología de la contradicción”, a tono con los postulados de la teoría del conflicto con que se trata de explicar la actual problemática colombiana (véase más adelante). Por eso los observadores-militantes comienzan con un compromiso serio y respetuoso con las gentes que estudian y con el proceso social en que van inmersos; dirigen su atención a las contradicciones del sistema para entenderlas y manejarlas en cooperación estrecha con los grupos claves de base; ensayan a hurgar el sistema y agitar tácticamente para determinar sus áreas reales de tensión, provocar las instituciones, destruir mitos y tomar parte, junto con los grupos de base, en los choques inevitables; y devuelven a estos grupos, con mayor claridad, y sistematizadas, las ideas que recibieron de ellos con confusión.

Segunda dimensión del método

Las técnicas de incentivación y recuperación crítica, como se han practicado por la Rosca, añaden una dimensión importante a la metodología de estudio-acción. Hasta ahora se ha visto la inserción como una expresión concreta del compromiso de profesionadas o intelectuales que hemos querido —y quizá logrado— involucrarnos en tareas fundamentales a nivel de base en un contexto dado o en una región. En estos momentos confrontamos una de las consecuencias inmediatas de esa inserción, cual es la del descubrimiento y formación de cuadros locales que se han incorporado al proceso de estudio-acción, enriqueciéndolo y dándole virajes realistas y eficaces.

Sería absurdo negar las posibilidades de personas de variado origen y

preparación intelectual para contribuir al proceso revolucionario mediante la reflexión, el análisis, la síntesis y la sistematización de las ideas. En efecto, en los grupos claves de base existen personas que, si no han aportado ya esa visión de las cosas, están listas a hacerlo al menor estímulo. Se ha establecido así un tipo de relación entre los llamados “profesionales” o “intelectuales” —que adoptan en ese momento el papel de observadores-militantes en el contexto político-científico—, y los cuadros de base que ingresan al proceso de estudio-acción.

Esta relación implica obligaciones para ambos. Los primeros —los “profesionales”— valoran, utilizan y cuidan bien a los cuadros. Éstos, según el nivel de preparación, aportan su experiencia para la comprensión de los fenómenos al convertirse en buenos observadores y críticos de su propia acción; afinan la técnica revolucionaria; y, además, colaboran para que la inserción sea todavía más eficaz en los fines que contempla.

Si todo sigue como va, el resultado de este esfuerzo sería una feliz síntesis de la teoría y la práctica, donde la inserción ya no se vería dicotomizada como hasta ahora, como ejercida por elementos externos a los grupos de base, sino hecha dentro de un mismo proceso histórico que cobijaría a todos por igual, sin distinción entre intelectuales y trabajadores. Es decir, la inserción, como se ha visto atrás, en esta dimensión desaparecería como tal, y sólo quedarían trabajando, hombro a hombro, cuadros político-científicos de diferente nivel.

Es a partir de este momento cuando se debe plantear, otra vez, el problema de la ciencia y la teoría. Porque las etapas de estudio-acción que siguen pueden ser aún más complejas y difíciles tanto al nivel de la práctica como en el de la comprensión. Veamos ahora estos aspectos.

Implicaciones científicas y teóricas

El método de estudio-acción tiene el mérito de plantear y buscar el equilibrio entre la reflexión constante y la práctica diaria. Por eso los cuadros se definen como observadores-militantes, es decir, como personas adiestradas tanto en técnicas de observación científica como de militancia social y política. El trabajo quedaría corto si estas personas se limitaran a un empirismo a ultranza o a un aventurerismo fanático en el que primaran el ensayo y el error; y si en el plano de la reflexión hicieran abstracción de los conceptos centrales que guían el trabajo en el terreno y los marcos teóricos previos y emergentes.

En el caso del empirismo ciego hay otro peligro: el de engañarse a sí mismos pensando que se es absolutamente original. En este campo no hay tabla rasa, ya que el cuadro llega al terreno con ideas básicas, motivaciones y ciertas técnicas previas. El no reconocer esta continuidad es un des-

pilfarro de los recursos que se tienen a la mano para hacer los procesos históricos mucho menos erráticos de lo que ya son. Por eso la inserción, en sus diversas modalidades no implica el olvido de técnicas de investigación que son probadamente útiles, como la encuesta de corte seccional, el análisis histórico, la investigación de archivo, la medición estadística de lo mensurable, todas colocadas dentro de marcos conceptuales amplios y ágiles.

Hay que partir entonces modestamente del hecho de que no se ha trabajado —ni se trabaja— en un vacío conceptual sino que, por el contrario, existen derroteros técnicos y teóricos previos que se han venido utilizando consciente o inconscientemente. Este es un proceso de estudio-acción que, viéndolo bien, también corre por la vertiente de la tradición. En efecto, no debe olvidarse que la ideología capitalista y la construcción de los imperios modernos han sido posibles en gran medida por un desarrollo científico y tecnológico adecuado a los fines que han perseguido.

En contraste con esa corriente científica imperialista, el trabajo de la Rosca busca poner el conocimiento que adquiere al servicio de los grupos explotados y oprimidos, dentro de una causa de transformación fundamental. En consecuencia, continúa la tendencia —estimulada ya desde la década de 1960 por varios científicos sociales colombianos— de relegar a segundo plano escuelas sociológicas que en la práctica sólo han servido para afianzar el poder de las clases opresoras. Así, hemos seguido descartando los modelos de explicación científica de la sociedad que provienen de la tradición positivista o comtiana, por reflejar ésta los intereses de una aristocracia (la postnapoleónica en Europa) que se identificó con la emergencia del capitalismo, y cuyas tendencias particulares persisten hasta hoy. También por inadecuados, hemos confirmado nuestro anterior rechazo a los marcos del estructuralismo funcional, que describe la sociedad como el producto de un “equilibrio” basado en un ordenamiento interno y en el principio de la integración social. No encontramos satisfactoria tampoco la escuela formalista, por hallarla reducida a mediciones exteriores y mecánicas de los fenómenos sociales o a explicaciones limitadas de la cultura manifiesta.

En cambio, la Rosca ha encontrado mayor inspiración y una más clara orientación para su trabajo en el ejemplo y en las obras de diversos rebeldes nacionales y extranjeros que fueron articulando explicaciones de las situaciones críticas en que se vieron envueltos y que buscaron enraizarse en el pueblo y en las realidades terrígenas. En Colombia se conoce poco al respecto, por la forma como se ha escrito y enseñado la historia —que sólo refleja los intereses de clases dominantes inclinadas a adoptar lo extranjero—. Pero los materiales pertinentes existen, y ha sido uno

de los fines de la Rosca el descubrirlos, recuperarlos y divulgarlos.⁸ Además, permanece vivo el recuerdo de rebeldes recientes, como Camilo Torres Restrepo, y de teóricos como Rafael Uribe Uribe y Luis E. Nieto Arteta, cuyas obras siguen siendo referencia obligada, aparte de haber servido como pioneros del pensamiento socialista en Colombia.

Esta olvidada corriente intelectual que se nutre de la confrontación popular con el *statu quo*, que busca la raíz de las contradicciones en cada época, que destaca los antagonismos y los intereses de las clases sociales en pugna abierta o soterrada, converge hacia la escuela sociológica del conflicto social. Dentro de esta escuela, evidentemente, son pertinentes las obras de Marx —su principal figura— y de los seguidores de éste, mucho más que las de aquellos que siguieron la vertiente emparentada de Bagehot y Gumplowicz.

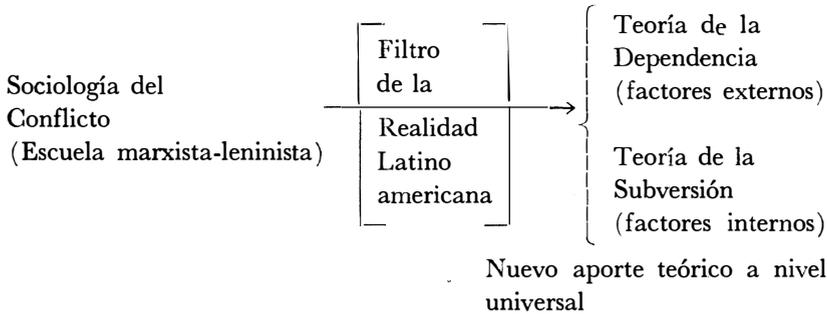
La Rosca trata así de construir sobre fundamentos intelectuales antiguos, que desembocan naturalmente en la conocida ciencia de la revolución: el marxismo-leninismo.⁹

La teoría del conflicto social concretiza conceptos e hipótesis desarrollados por observadores de la sociedad, dentro y fuera del país. Esto en sí no es en manera alguna novedoso, aunque equivalga a una toma de posición o a una clarificación teórica necesaria. Pero la Rosca no se casa con esa teoría dogmáticamente, sino que trata de redefinir conceptos a la luz de la evidencia que recogen los cuadros u observadores-militantes. Por lo tanto, no se hace aquí ningún calco del marxismo-leninismo empleado en otras latitudes y países, ni se incurre en el colonialismo intelectual de izquierda que ha castrado a tantos grupos revolucionarios y universitarios, porque el método de estudio-acción surge de las realidades colombianas y exige una respuesta auténtica a ellas en términos de actos y evidencia, y no sólo de palabras o debates meramente ideológicos.

Así, este método lleva a replantear la sociología marxista del conflicto en términos de una sociología de la situación real colombiana, lo cual viene a ser una manera propia de ver y entender en su conjunto nuestros actuales conflictos y la naturaleza de nuestra sociedad dependiente y explotada.

La contribución específica de esta escuela de pensamiento social —a nivel universal y en la teoría del conocimiento— parece estar en la reformulación de la problemática del conflicto según dos grandes polos conceptuales que se complementan: 1) la dependencia, que incluye el estudio de los factores de explotación económica y cultural “externos” al área en su expresión imperialista y neocolonial; y 2) la subversión, entendida positivamente como el análisis de factores “internos” políticos y sociales que

llevan a la organización rebelde antiimperialista y antioligárquica.¹⁰ En esquema:



Este marco teórico general ha permitido a la Rosca hacer incursiones algo novedosas sobre indigenismo, etnia, arte popular, región y nación, como elementos para entender mejor y dinamizar la lucha de clases en términos colombianos. Son conceptos que tienen una tradición respetable en la literatura sociológica y política de la cual se partió, pero que se descubren con nuevos visos para la determinación y uso de grupos claves regionales.

Perspectiva final

Ahora se perfila un mayor rigor en la tarea investigativa del observador-militante. Habrá que desarrollar y ensayar técnicas de estudio y acción realmente interdisciplinarias —con las ya conocidas que sean adecuadas, y otras nuevas— que permitan aprehender la compleja realidad en su propia función, sin distorsionarla. Esto quiere decir que los cuadernos deberán dominar los marcos metodológicos y conceptuales de la sociología, la historia, la antropología, la economía y la geografía de manera combinada y simultánea, tratando de romper los compartimientos estancos en que estas ciencias se encuentran (especialmente en la universidad) para producir una acción más eficaz y una teoría más ágil y realista.

Además, los cuadros deberán saber dirigir la atención hacia los hechos más pertinentes y significativos de cada región para fines de organización, educación y acción en ella; sabrán combinar el estudio de lo “macro” con el análisis de lo “micro”; y podrán anticipar un determinado nivel de síntesis y sistematización de conceptos que luego reviertan como información a los grupos de base para la constatación final con la realidad. Este tipo de constatación puede ser suficiente para ir acumulando el conocimiento desde el punto de vista científico, sin necesidad de acudir a computadoras

electrónicas o referirse a marcos “universales” de pensadores ilustres de otras latitudes con ese mismo fin; y va construyendo una ciencia propia y popular que parece converger a dimensiones igualmente universales.

En resumen, la ciencia puede seguir existiendo aun con la modestia y las contradicciones del subdesarrollo y puede irse enriqueciendo al paso de las generaciones que experimentan conflicto y que van en busca de la justicia social y económica. Es a la vez una herramienta crítica para el cambio social, especialmente útil cuando algunos de sus marcos generales se rompen y dan paso a esquemas más adecuados de explicación. Los marcos descartables son aquellos que reflejan valores sociales conservadores que sirvan a clases explotadoras y a sociedades superdesarrolladas.

Otros han demostrado cómo una explicación teórica adecuada de la realidad facilita la acción y, simultáneamente, cómo este proceso llega a ser un aporte a la ciencia. Es posible que las ciencias sociales en Colombia sean más claras y eficaces al cabo de esfuerzos de búsqueda autónoma como el que trata de adelantarse con el método de estudio-acción. Sobrevivirán y se acumularán aquellos conceptos y técnicas que pasen por la prueba de fuego de la experiencia revolucionaria. Éstos serán seguramente los mismos que aplicarán futuras generaciones de observadores-militantes en las subsiguientes etapas de reconstrucción nacional, cuando las clases populares habrán conquistado el poder.

Bogotá, marzo de 1972.

¹ La palabra “rosca es un colombianismo que tiene diversos sentidos en los países latinoamericanos, de allí que sea necesario explicar el que aquí se quiere dar. Originalmente, “rosca” se derivó de “rosquilla”, término usado en la Edad Media, según Cejador y Frauca, para indicar un tipo de plan en forma circular. Es un término que no viene del latín ni del griego, sino más bien del catalán quedando incorporado tardíamente al Diccionario de la Academia de la Lengua probablemente durante el siglo XIX.

En Colombia aparece en el sentido de “enroscarse” circularmente, como lo señaló Rufino José Cuervo en sus *Apuntaciones*, pero sin indicar nada derogatorio como ahora se estila (camarilla, trinca, trenza, etc.). Lo más cercano a su sentido original, en el habla popular se encuentra en la palabra “corrosca” (un sombrero de paja) que registra el mismo Cuervo como puro bogotano. Se quiere ahora rescatar el sentido original de esta palabra, volviendo a su clásica acepción como *círculo*, en nuestro caso, un círculo de personas colocadas en pie de igualdad que se identifican con un mismo ideal de servicio y trabajo con el pueblo.

² Véase un recuento en O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México: Nuestro Tiempo, 2a. ed., 1971. La polémica se ha extendido de la sociología a casi todas las ciencias sociales, especialmente la antropología y la politología. Se desarrolla hoy en muchos países occidentales, y con particular intensidad en los Estados Unidos, Alemania y Francia.

³ *Ibid.*, p. 53-60.

⁴ En Mao esta técnica —que contribuye a la teoría del conocimiento— se expresa en su principio “de las masas a las masas”; véanse sus *Obras escogidas*, Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968, t. III, p. 119. De Lenin pueden consultarse diversas obras, especialmente *¿Qué hacer?* Otro autor notable, antiguo pro-

fesor de historia, es Nguyen Giap, de quien pueden leerse sus investigaciones campesinas en Viet Nam y otros ensayos.

⁵ Fals, Borda, *op. cit.*, p. 58.

⁶ Ernesto Che Guevara, *El socialismo y el hombre en Cuba*, La Habana, 1965.

⁷ Cfr. Rodolfo Stavenhagen, "Decolonizing Applied Social Science", *Human Organization* (Winter, 1971).

⁸ Se realizó el proyecto de publicar las memorias del extraordinario luchador indígena del siglo xx, Quintín Lame, "*En defensa de mi raza*", ed. por Gonzalo Castillo, Bogotá, Ediciones La Rosca, 1971; y están en proceso las contribuciones de María Cano e Ignacio Torres Giraldo, precursores del socialismo nacional. Se impone la búsqueda de la literatura sobre la lucha popular desde fines del siglo xviii: los comuneros con Galán a la cabeza; los artesanos durante la revolución de 1852; los campesinos antilatifundistas del sur de Antioquia; los líderes obreros de la Costa Atlántica a partir de 1917; la rica tradición guerrillera del país, etcétera.

⁹ Los fundamentos de la escuela del conflicto, como se sabe, parten de Heráclito y Polibio, van al mundo árabe con Ibn Khaldun, vuelven al occidente con Hobbes, Hegel y Marx, y pasan últimamente al oriente con Mao y Giap, entre otros. La lectura de estos autores es útil para ilustrar marcos generales del conflicto de clases en Colombia, no para explicarlo. Entre otros autores que se han hallado útiles se cuentan Simmel, Coser (por estudiar funciones positivas del conflicto social) y Shaull (filósofo que postula la necesidad de la subversión permanente).

Entre los autores colombianos más pertinentes del siglo xix, se cuentan: Manuel Ancizar y Eugenio Díaz, sobre el problema rural; Emiro Kastos, quien planteó en 1851 la amenaza imperialista norteamericana; Miguel Samper por su estudio de la miseria urbana; Aníbal Galindo, Medardo Rivas y Diego Mendoza Pérez, en diversos pasajes de sus escritos. En este siglo: Alejandro López I. C., Eugenio J. Gómez, Guillermo Hernández Rodríguez, Indalecio Liévano Aguirre (éstos dos últimos en sus primeras épocas). Entre otros marxistas colombianos cuyas obras se están utilizando se mencionan: Mario Arrubla, Francisco Posada, Rafael Baquero, Diego Montaña Cuéllar, Antonio García y Estanislao Zuleta.

Además, pueden mencionarse los estudios publicados por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional en la década de 1960 sobre la violencia, el conflicto y otros problemas sociales colombianos (obras de Camilo Torres, Juan Friede, Germán Guzmán y otros), que rompieron el marco funcionalista entonces en boga (el que se ha identificado, erróneamente, como "norteamericano"). Nuevas obras están apareciendo dentro de esta escuela crítica, como las históricas de Germán Colmenares (*Partidos políticos y clases sociales*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1968), las sociológicas de Alvaro Camacho Guizado (*Capital extranjero; subdesarrollo colombiano*, Bogotá, Punta de Lanza, 1972), las económicas de Alvaro Tirado Mejía (*Introducción a la historia económica de Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional, 1971), y las antropológicas de Víctor Daniel Bonilla (*Siervos de Dios y amos de indios*, Bogotá, Tercer Mundo, 1968).

¹⁰ Vienen a la mente las obras de Ernesto Che Guevara, Régis Debray, Hugo Blanco, Marighela y otros, en un sentido; y de Pablo González Casanova, Aníbal Quijano, Rodolfo Stavenhagen, Fernando Henrique Cardoso, Theotonio dos Santos, André Gunder Frank, Enzo Faletto, Francisco Weffort, Octavio Ianni, Florestán Fernández y muchos otros, todos los cuales en verdad han hecho impacto renovante en las teorías marxistas, a nivel universal, con la especificidad latinoamericana. Las palabras "interno" y "externo" son obviamente relativas y suplementarias dentro de este esquema. Cfr. O. Fals Borda, *Subversión y desarrollo en América Latina*, (estudio reproducido en diversas publicaciones, 1971); *Revoluciones inconclusas en América Latina*, México, Siglo xxi, 3a. edición, 1971.